



# PARROQUIA EL BUEN PASTOR

Cura párroco

Cl. Erudito Orellana, 22

46008 Valencia

Tl. 96 385 16 43

parroco@parroquiabuenpastor.com

Queridos feligreses:

**“Venid a Galilea, allí el Señor aguarda; allí veréis los suyos la gloria de la Pascua”**. Estas palabras, tomadas de la secuencia del domingo de Pascua en la Resurrección del Señor, contienen tres verbos que nos centran y meten de lleno en el significado de la Pascua: **“Venid”**, **“aguarda”** y **“veréis”**.

**“Venid”**, es una invitación, una llamada que el propio Jesús nos hace para acudir a donde el Señor se encuentra. En estos tiempos de confinamiento, podríamos interpretar equivocadamente esta llamada como un salir de nuestra situación de encierro y regresar a nuestra actividad: laboral, social, religiosa, interfamiliar, cultural; a nuestras aficiones de ocio y tiempo libre, del deporte entusiasta o a cualquier otras que formen parte de nuestra cotidianidad. Pero no. No se trata de esa invitación. La llamada de Jesucristo tiene un sentido mucho más profundo y que a lo largo de estos días de confinamiento hemos podido experimentar personal y colectivamente. Este experimentar es un tomar conciencia de todo lo que, la pandemia que nos afecta, ha trastocado, ha destruido y ha cambiado para siempre; poniendo en evidencia nuestras limitaciones, nuestras carencias y la necesidad de volver a recuperar lo que nos hace fuertes.

A lo largo de estos, se ha puesto de manifiesto que nuestras vidas (la de una gran mayoría) se sustentaban en la pura exterioridad. Cuando ha sobrevenido esta durísima crisis sanitaria con sus efectos devastadores, y se nos pedía permanecer en casa con una temporalidad engañosa que todos sabíamos cuando comenzaba; pero, no cuando iba a terminar. Después de un día y de otro, en la que perdíamos la noción de los mismos, llegábamos a una conclusión: no tengo nada que hacer. Todos hemos limpiado hasta el último rincón; hemos aprovechado para poner en orden armarios; despachos y otros lugares de nuestras casas; hemos arreglado esos desperfectos que desde hace tiempo teníamos pendiente; hemos puesto en orden la maltrecha economía familiar; hemos comprado lo necesario y lo superfluo; hemos usado y abusado, a través del móvil y del ordenador, de las redes sociales y de sus propuestas y ofertas, buenas y malas. Hemos tenido más tiempo para ser nosotros mismos, para convivir; para disfrutar en familia; para ver la televisión, juntos y por separado, hasta saciarnos; para hacer diversos cursos *“in situ”*: de cocina familiar, de lavado y planchado, de conservación de alimentos... Nos pasaba y nos pasa como a Marta, la hermana de Lázaro: *Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía (Jn 12, 1-2a). Marta, en cambio, andaba muy afanada con los muchos servicios (Lc 10,40).*

Pero al final de todo esto, de lo que hemos ido realizando para ocupar nuestro tiempo, nos enfrentábamos a la dura realidad: no tengo nada que hacer. Tenemos así que afrontar una verdad

que no nos gusta: hemos reducido nuestra vida, nuestra existencia a la exterioridad. Sobreviene, pues, la pregunta: ¿qué hay de nuestra interioridad?

Por tanto, el sentido de la invitación de Jesús es una llamada a recuperar nuestra interioridad. **“Venid”** es saber que lo mejor de nosotros mismos no está en el exterior, si no dentro de cada uno de nosotros: *Marta tenía una hermana llamada María, que, sentada junto a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Marta, en cambio, andaba muy afanada con los muchos servicios; hasta que, acercándose, dijo: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Dile que me eche una mano». Respondiendo, le dijo el Señor: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; solo una es necesaria. María, pues, ha escogido la parte mejor, y no le será quitada» (Lc 10, 39-42).*

**“Venid”** es una llamada imperiosa: **recuperemos nuestra interioridad.**

Interiorizar es iniciar un viaje hacia lo profundo de nosotros mismos, con un bagaje recogido en el exterior que nos ha sorprendido, cautivado, inquietado, maravillado, cuestionado... que consideramos necesario para nuestra realización personal. De esta manera, todo lo exterior al ser humano es integrado en el mundo interior de la persona; para después iniciar un recorrido desde dentro de sí hacia fuera de sí.

Por tanto, la interioridad o espiritualidad es una cualidad específica del ser humano que hace referencia a la capacidad que posee toda persona para distanciarse de sí mismo, de lo que le rodea y, así, poder objetivar las cosas, trascenderlas y buscar el sentido último a todo. Esto supone el reconocimiento de una doble realidad (unificada): materia y espíritu.

Y es en el encuentro de esta doble realidad (materia y espíritu) cuando sobrevienen los grandes problemas. La tensión entre materia y espíritu es una constatación eterna y en los polos extremos de esta tensión se sitúa lo más sublime y lo más despreciable de la condición humana. La tensión existente entre materia y espíritu es debida al mismo dinamismo de la naturaleza humana. Por ello, cuando se quiere avanzar por el camino de la interioridad o de la vida espiritual, es preciso reconocer los límites y, por tanto, hasta donde llega lo material y hasta donde lo hace lo espiritual. Y buscar el modo para alcanzar su desarrollo y plenitud, que en ambas debe lograrse de manera consciente (planificada) y respetuosa (atendiendo a las cualidades individuales).

En esta tensión transcurre la vida de todo hombre y mujer. Y es en el dominio y en la comprensión de cada una de ellas (materia y espíritu) como el ser humano puede alcanzar su plena realización como persona, integrar su condición histórica y fijar las metas últimas de su existencia.

Materia y espíritu son elementos dinámicos y, en consecuencia, llevan asociados su ennoblecimiento y su degradación. La tensión entre materia y espíritu es una constatación eterna y en los polos extremos de esta tensión se sitúa lo más sublime y lo más despreciable de la condición humana.

La naturaleza del ser humano hace que éste pertenezca simultáneamente a dos mundos: el de la materia y el del espíritu. Esa doble pertenencia no significa una vuelta al dualismo por el que se presentaba al ser humano como la suma de dos entidades diversas: cuerpo y alma.

El hombre o la mujer es una única realidad en la que materia y espíritu son totalmente inseparables.

Sin embargo, el ser humano posee la capacidad de contemplar en sí mismo la existencia de estos dos mundos y de atribuir a cada uno de ellos entidad y características propias. Por ello, a los hombres y mujeres se le han atribuido estas altas tareas: *la persona debe realizar el bien y evitar el*

*mal, preservar la transmisión y la conservación de la vida, mejorar y desarrollar las riquezas del mundo sensible, cultivar la vida social, buscar la verdad, practicar el bien, contemplar la belleza* (San Juan Pablo II, “*Veritatis splendor*”, nº 51).

Estos dos mundos adquieren sentido y consistencia para el ser humano cuando vuelven a reunirse en aquella unidad que les pertenece: la persona.

La crisis de valores, en la que está incluida el abandono de la interioridad, de la espiritualidad, consiste precisamente en el distanciamiento cada vez mayor entre el mundo de la materia y el mundo del espíritu. Esta distancia afecta al concepto de persona, por lo que la crisis de valores es fundamentalmente crisis de la persona, que ha sido disgregada o biseccionada en dos entidades aparentemente autónomas y que nada tienen que ver entre sí.

El ser humano actual valora más el «tener» que el «ser», posee una mayor capacidad científico-técnica y una gran habilidad en las cuestiones prácticas. Sin embargo, ha perdido sabiduría, capacidad de reflexión y admiración. Está más entregado a vivir que a conocer las causas por las cuales vive y muere.

Al renunciar a conocer las causas renuncia también a conocerse a sí mismo y a preguntarse por el sentido de su vida. En consecuencia, los valores, que tienen su fuente en la propia condición humana, quedan oscurecidos y no son percibidos por todos en su importancia y objetividad. Pierden, así, el dinamismo que los constituye en cimiento de la sociedad.

Esta situación ha llevado a muchos a justificar el abandono de tales principios porque los consideran decadentes, fruto de una cultura superada por otra nueva. No es arriesgado afirmar que hombres y mujeres son víctimas de su desprecio por los valores tradicionales, los morales y los religiosos, que han dado y dan sentido a la vida. Todos somos conscientes de las consecuencias que padece nuestra sociedad como resultado de este olvido intencionado de ciertos valores fundamentales.

Para adentrarnos y con mayor profundidad en nuestro camino hacia la interioridad, hagámoslo poniendo como referencia tres realidades de las que creyentes y no creyentes somos conscientes y que abarcan, tanto la materia como el espíritu. Son el bien, la verdad y el amor. Pues la negación de uno de ellos o de todos implica la desaparición de lo humano. ¿Qué sentido tiene la existencia personal y colectiva sin el bien, la verdad y el amor? No se trata ahora de hacer un discurso de cada uno ellos, si no, de hacernos una pregunta: ¿qué son para mí?

A lo largo de la historia del pensamiento, hombres y mujeres, hemos ido diciendo de manera práctica y concreta cuál era su significado y el valor que representa para la persona individual y para el conjunto social.

**“Venid”**; en camino hacia el bien. *“Del bien se ha dicho a menudo que es indefinible por razones relacionadas con la libertad. El bien es un espacio vacío en el que la elección humana puede moverse. Normalmente no tenemos dudas sobre la dirección en que se encuentra el Bien. Reconocemos igualmente la existencia real del mal. Sin embargo, el concepto del bien aún permanece oscuro y misterioso. El bien es misterioso debido a la debilidad humana, debido a la inmensa distancia que se halla implicada. Pero ¿no hay realmente nada más que podamos decir acerca de él? El bien es el centro magnético hacia el que el amor se mueve de modo natural. Amor es la energía y la pasión del alma en su búsqueda del bien, la fuerza que nos une al bien y nos une al mundo a través del bien, incluso cuando está parcialmente purificado. Su existencia es el signo*

*inequívoco de que somos criaturas espirituales, atraídas por la excelencia y hechas para el bien” (I. Murdoch, La soberanía del bien, Caparrós editores, 2001).*

**“Venid”**; en camino hacia la verdad. *Nuestro éxito o fracaso en cualquier cosa que emprendamos, y por tanto en la vida en general, depende de si nos guiamos por la verdad o de si avanzamos en la ignorancia o basándonos en la falsedad. A su vez, esto depende fundamentalmente, de lo que nosotros hagamos con la verdad. No obstante, sin verdad estamos destinados a fracasar antes de empezar. En realidad, no podemos vivir sin la verdad (H. Frankfurt, Sobre la verdad, Paidós, 2007)*

**“Venid”**; en camino hacia el amor. *Amor es un dulce afecto del alma para con Dios, que termina en caridad, comenzando en dilección. Si en medio de adversidades persevera el corazón con serenidad, con gozo y con paz, esto es amor. Si se ve igualmente alegre en gozo que en aflicción, y ni penas, ni contentos la entibian, esto es amor. Si desea eficazmente que cuantas almas crió la divina Omnipotencia se salven, esto es amor. Y en fin, si cuanto produce su pensar, su obrar, su voz quiera que sea en obsequio de su amado, esto es amor (Santa Teresa de Jesús, Obras de Santa Teresa de Jesús, T. III, p. 239).*

Bien, verdad y amor son como una luz inalcanzable. Es decir, son un don que nadie puede atribuirse de manera absoluta. Los hombres y mujeres somos instrumentos que hacemos posible la materialización de ese don. Por tanto, nadie puede atribuirse nada de lo que le es propio a todo ser humano: su capacidad de hacer el bien, de buscar la verdad y de demostrar el amor.

Pero el bien, la verdad y el amor necesitan para su realización de la interioridad, de la espiritualidad. Ella es la que conduce al ser humano hacia el límite mismo de la trascendencia. De este modo, la espiritualidad se convierte en el escudo que protege al bien, a la verdad y al amor para que no sucumban a la subjetividad más absoluta según la cual nada es bueno, nada es verdadero y nada es digno de amor y aquello que pudiera llegar a serlo, lo sería de manera caprichosa y arbitraria. Y en ese punto, nada que pudiera hacer, decir o sentir el otro tendría por qué importar(me). De este modo, sin interioridad, sin espiritualidad, el ser humano abandona al bien, a la verdad y al amor a la banalidad caprichosa del momento y a su fugacidad. De ahí, que muchas personas y acontecimientos deberían impactarnos el alma y, sin embargo, su presencia es fugaz e inconsistente. Se cumple así, lo anunciado por el poeta alemán Johan W. Goethe en su obra *“Fausto”*: *Detente instante eres tan bello. Y, una vez cumplido el instante, ¿qué queda?*

Consecuentemente, sin el bien, la verdad y el amor, aunque conservemos sus nombres anteponiendo el posesivo “mi” (entendiendo este “mi” de forma negativa y restrictiva), somos despojados del sentido último de las cosas, de toda capacidad crítica y de la capacidad de entrega de sí incondicional y generosa.

La llamada que se nos hace (**“Venid”**), no es una llamada para que caminemos sin rumbo. Se nos llama a ir a Galilea. Surge una pregunta: ¿por qué a Galilea?

Galilea era la más septentrional de las provincias del reino de Israel, con una zona montañosa, en la que se encontraba Nazaret, y otra llana, en las inmediaciones del lago de Tiberíades. Allí se encontraban poblaciones como Caná, Naín, Magdala, Cafarnaún, Gerasa, Betsaida. La capital de Galilea era Séforis, que curiosamente no aparece citada en los evangelios. Galilea fue el escenario de muchos acontecimientos sobresalientes en el ministerio de Jesús. Con

relación a su actividad, se hace mención específica de las ciudades galileas de Betsaida, Caná, Cafarnaún, Corazín, Naín y Nazaret; y lugares como el Monte Tabor. Jesús pasó la mayor parte de su vida en la ciudad de Nazaret. Realizó su primer milagro en un banquete de bodas celebrado en Caná, al convertir agua en el mejor de los vinos. Y tras éste, vinieron muchos más, por distintas partes: Naín, Cafarnaún...

Después de la detención de Juan el Bautista, Jesús pasó de Judea a Galilea y empezó a proclamar: *“Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos”*. (Mt 4,17). Por ello, no sin razón, se ha dicho que todo comenzó en Galilea: *Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él (Hch 10, 37-38)*. Y es más, después de su resurrección, el mismo Jesús quiere que sus discípulos vayan a Galilea para verlo: *El ángel habló a las mujeres: «Vosotras no temáis, ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: ¡ha resucitado!, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: “Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis” (Mt 28, 5-7)*.

La pregunta se hace apremiante, ¿si Galilea era una región, a qué lugar en concreto debían acudir los discípulos? ¿A Caná, donde realizó el primer milagro (*Jn 2, 1-12*)? ¿A Cafarnaún, donde curó al criado del centurión romano (*Lc 7, 1-10*)? ¿A Naín, donde devolvió a la vida al hijo de la viuda (*Lc 7, 11-15*)? ¿A Gerasa, donde liberó de sus ataduras a un endemoniado (*Mc 5, 1-17*)? ¿A Betsaida, donde cura a un ciego de nacimiento (*Mc 8, 22-26*), o donde da de comer a una multitud (*Lc 9,10-17*)? ¿Al mismo lago Tiberíades o mar de Galilea, donde calmó la tempestad (*Lc 8, 22-25*)? Teniendo en cuenta que la región de Galilea cuenta con aproximadamente 4.000 km<sup>2</sup>, ¿dónde debían acudir los discípulos para ver a Jesús resucitado? El evangelio da por sentado que los seguidores de Jesucristo sabían perfectamente a dónde tenían que encaminarse. En el evangelio no aparece ningún signo de duda o desconcierto sobre el lugar en concreto. ¿Por qué esa seguridad, ese conocimiento de un lugar determinado dentro de una amplia región?

Regresar a Galilea era volver al inicio pero de forma diferente. Era volver al lugar exacto donde para ellos (los discípulos) todo comenzó: *Paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, llamado Pedro, y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores. Les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Y pasando adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre, y los llamó. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron (Mt 4, 18-22)*. Esta llamada es contemplada por los evangelistas: *Mc 1, 16-20* y *Lc 5, 1-11*. Aunque el evangelista Juan no narra la vocación de los primeros discípulos; sin embargo, si sabe dónde debían acudir para ver a Jesús resucitado: *Después de esto Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor».*

*Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor (Jn 21, 1-12).*

Volver a Galilea. Si la primera vez fue el Señor quien los encontró a ellos; ahora, son ellos los que van al encuentro del Señor. Volver a Galilea es ir al encuentro de Jesucristo resucitado.

Dice el papa emérito Benedicto XVI: *Llama la atención ante todo que los discípulos no lo reconozcan en un primer momento. Esto no sucede solamente con los dos de Emaús, sino también con María Magdalena y luego de nuevo junto al lago de Tiberíades. [...] Es, por decirlo así, un reconocer desde dentro que, sin embargo, queda siempre envuelto en el misterio. En efecto, después de la pesca, cuando Jesús los invita a comer, seguía habiendo una sensación de algo extraño.” Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor” (Jn 21,12). Lo sabían desde dentro, pero no por el aspecto de lo que veían y presenciaban (Jesús de Nazaret, Encuentro, 2018, p. 563).*

**Saber desde dentro**, esto es la obra de la interioridad, de la espiritualidad.

El segundo verbo es **“aguarda”**. Aunque son los discípulos quienes van a Galilea al encuentro o la búsqueda del Señor Jesús resucitado, él les está esperando. La definición de aguardar, en nuestro contexto, es: *permanecer en un sitio esperando la llegada de alguien*. Por tanto, es Jesús resucitado el que **“espera”** la llegada de lo suyos. Hemos de tener en cuenta que la crucifixión y la sepultura del Señor Jesús fue en Jerusalén y es allí donde los discípulos reciben la noticia de tener que volver a Galilea. Es más, recordemos que el texto del evangelio de Mateo dice: *va por delante de vosotros a Galilea*. Por tanto, teniendo en cuenta que la distancia de Jerusalén al lago Tiberíades es de aproximadamente 125km, es lógico que Jesús sea el que aguarde, sea el que espere. Los discípulos debían recorrer una larga distancia. Se iniciaba, por decirlo así, una “peregrinación”. Curiosamente, otra de las apariciones de Jesús, ocurre en medio de una “peregrinación”. La sucedida con Cleofás y su compañero de viaje camino de la aldea de Emaús.

Volvamos a recordar, justo aquí, lo que es interiorizar. **Es iniciar un viaje hacia lo profundo de nosotros mismos, con un bagaje recogido en el exterior que nos ha sorprendido, cautivado, inquietado, maravillado, cuestionado... que consideramos necesario para nuestra realización personal. De esta manera, todo lo exterior al ser humano es integrado en el mundo interior de la persona; para después iniciar un recorrido desde dentro de sí hacia fuera de sí.**

El que aguarda es Jesucristo resucitado. Su presencia nos exige –como dice el papa emérito– *un reconocer desde dentro que, sin embargo, queda siempre envuelto en el misterio*. Esto precisamente por esto, por lo que muchas personas ni sabe lo que es la interioridad, ni quieren tener una vida espiritual. El misterio lo consideran banal, fútil. Ya no algo innecesario, lo cual supondría haber hecho una pequeña reflexión sobre el mismo. Para muchas personas es como si no existiera.

No reconocer la existencia del misterio impide el desarrollo de la interioridad, de la vida espiritual, y hace que se resquebraje la autoconciencia, que se pierda el significado de lo sagrado,

que de desestructuren las creencias y que se desnaturalicen los vínculos afectivos. Son muchas y muy visibles las consecuencias de vivir sin interioridad, de vivir sin el misterio.

El misterio forma parte de nuestra realidad cotidiana, es más, podemos decir que todo lo que nos rodea e incluso lo que nosotros somos estamos envueltos por el misterio. Un misterio no es un enigma ni un acertijo que debamos responder. El misterio es la realidad misma en tanto que no podemos dar una respuesta última y definitiva sobre muchos aspectos y entresijos de nuestra existencia, o sobre el porqué de algunos acontecimientos temporales. Aunque queramos, no podemos prescindir del misterio. El misterio es como la puerta que me abre a todo posible conocimiento. Querer saber, y querer saber con certeza y profundidad, solo es posible por la existencia del misterio. Una de las bellas definiciones de misterio nos la dejó Gloria Fuertes: *Algo que puede ser y no sabemos en qué consiste.*

Dejarse poseer por el misterio es reconocer que ninguno de nosotros es la fuente, el origen de algo. Por ello, no somos capaces de dar respuesta a todos los interrogantes. Solo el que ha tomado una decisión o ha hecho algo sabe porqué, cómo y para qué ha tomado una determinada decisión o ha actuado de una determinada manera. Si el ser humano fuera imagen de sí mismo, si él hubiera decidido el momento de su aparición en la tierra, si él hubiera organizado el cosmos, si él... no habría lugar para el misterio. El misterio lo que hace es recordarnos que nosotros no somos el principio, el origen, la fuente, el fundamento de nosotros mismos ni de todo lo que existe. Y que tampoco lo somos de nuestro final.

Y ahora, sabiendo que el que aguarda es Jesús, el Señor, también nosotros, con la misma convicción de los discípulos podemos decir: *Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón (Lc 24,34)*. No se trata de buscar una seguridad científica, establecida por un laboratorio. Se trata de tener la certeza que, lo anunciado solemnemente el día de Pascua y testificado por el evangelio, es verdad, es real.

Saber que Jesucristo ha resucitado no es debatir sobre cuestiones de fe, sino de algo que es totalmente distinto y complementario. Es saber vivir como cristianos, saber vivir según el Evangelio. Vivir con sentido, con plenitud y con coraje, dando cabida en nuestro vivir a los demás (los discípulos no fueron individualmente a Galilea, ni a Emaús).

El tercer verbo es **“veréis”**. No tendría ningún sentido realizar aquel largo trayecto, aquella cansada peregrinación, para nada.

El relato evangélico cuenta que en el sepulcro los discípulos recibieron la gran noticia: no debían buscar entre los muertos al que vive (cf. *Lc 24, 5b*). Sin embargo, no es suficiente que conozcan este acontecimiento. También es necesario que se les manifieste: *lo veréis, como os dijo (Mc 17, 7b)*. Verlo significa saber que Cristo vive, no en un tiempo pasado, al que nosotros ni nadie estaría vinculado, si no, que vive, ayer, hoy y siempre.

En la carta que escribí para vivir la esta Semana Santa, repitiendo las palabras del famoso cuento de *“El principito”* decía: *lo esencial es aquello que no ocurre ante nuestros ojos, es aquello que sucede en nuestro corazón*. También Dios, por medio del profeta Ezequiel nos decía la noche de la Pascua: *Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne (36,26)*. Y es ahí, en nuestro corazón, donde Jesucristo ha resucitado. Es ahí, donde se inicia un nuevo comienzo.

Durante todos estos días en los que a través de la televisión veíamos imágenes terribles y escuchábamos cifras aterradoras, descubríamos también lo más noble, lo más generoso, lo más

fuerte y lo más emotivo de tantas y tantas personas anónimas. En medio de tanto dolor, al mismo tiempo, cuánta hermosura. Es decir, *en la práctica se puede ver como hay creyentes y no creyentes que viven su propio presente confiriéndole un sentido y comprometiéndose con él responsablemente. Ello resulta especialmente visible en el caso de quienes se entregan de manera desinteresada y por su propio riesgo, en nombre de los más altos valores, sin compensación visible. Lo que quiere decir, por tanto, que existe un “humus” profundo del que creyentes y no creyentes, conscientes y responsables, se alimentan al mismo tiempo, sin ser capaces, tal vez, de darle el mismo nombre* (Umberto Eco y Carlo M<sup>a</sup> Martini, *¿En qué creen los que no creen?*).

Ese “humus”, ese manto profundo que nos une y nos da vida, esa capa, que a todos cubre y da esperanza, para los creyentes sí tiene nombre, es Dios. Y en concreto el Dios de Jesucristo, al que él llamaba Padre; y al que nosotros, por medio de Jesús, también llamamos Padre nuestro. Padre de todos.

¿Cómo no ver a Jesucristo resucitado en tantas y tantas personas, creyentes y no creyentes, hombres y mujeres de buena voluntad que lo dan todo sin pedir nada?

Este “**veréis**”, supone antes haber comprendido y vivido los dos verbos anteriores, “**venid**” y “**aguarda**”. **Nadie verá jamás** sin haber llegado a Galilea y sin saber que, allí, el Señor está esperando. Por ello, es lógico que quien únicamente quiera ver no pueda hacerlo.

Existen dos expresiones muy similares –solo cambia el orden de los verbos– que la gente utiliza casi como si fueran sinónimas aunque no lo son, sino todo lo contrario. Estas expresiones son: “*ver para creer*” y “*creer para ver*”.

El cambio de orden de los verbos cambia por completo su significado y, por tanto, su sentido.

La expresión “*ver para creer*” está inspirada en la actitud y en las palabras del apóstol Tomás cuando Jesucristo resucitado se aparece a los apóstoles sin estar él. Cuando los demás le cuentan la presencia del Resucitado, él necesita ver y tocar el cuerpo de Jesús con las marcas de la pasión (cf. *Jn 20, 24-31*). Dos son sus significados más corrientes: el asombro que nos produce un hecho determinado; la incredulidad que manifestamos ante supuestos acontecimientos de la vida de otras personas. La expresión “*creer para ver*” también tiene su origen en el mismo episodio evangélico. En este caso es Jesús quien recrimina a su apóstol Tomás esa incredulidad manifiesta. Jesús le dice: «*¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto*» (*Jn 21,29*).

Vivir la fe nunca ha sido un proceso fácil. Menos en las circunstancias actuales. Hoy encontramos a muchos contemporáneos que dicen ser creyentes aunque nunca vayan a la iglesia, ni crean en la institución eclesial. Son personas que conservan ciertos vestigios de la fe, pero que, al no vivirla en el seno de una comunidad creyente y de manera auténtica, han ido perdiendo su esencia por el paso del tiempo y solo conservan alguno de los rasgos que la fe posee. Podemos identificarlos en los siguientes grupos:

- El creyente intemporal.
- El creyente fundamentalista.
- El creyente camuflado.

El creyente intemporal. ¿Quién es? El que vive su fe como si el mundo no hubiera cambiado. El progreso científico y técnico y la nueva mentalidad humanista no le afectan. No encuentra problema en mantener sus prácticas religiosas tradicionales y estima que el mundo está loco.

¿Cómo surge? El ambiente secularizador no ha penetrado en el creyente intemporal, sea por incapacidad personal, sea por el mundo cerrado en el que vive.

¿Qué origina? Un arcaísmo religioso que impide que su fe pueda ser aceptada por personas con mentalidad secular; serán rechazados por su anacronismo cultural, incapacitándose para un testimonio cristiano en el mundo de hoy. Con todo, si la ingenuidad del creyente intemporal es sincera y arraigada, aunque no es eficaz, no hace daño a nadie: debe ser respetada. Vive «la fe del carbonero», que, si para el que no es carbonero es mala e insuficiente, para el carbonero puede ser la única posible.

El creyente fundamentalista. ¿Quién es? Un creyente intemporal que ha perdido la ingenuidad. Percibe el nuevo mundo secular, pero lo percibe como enemigo frente a su fe que quiere mantener. De ahí su actitud de agresividad intolerante e incapacidad de comprensión y de diálogo.

¿Cómo surge? Por el horror al vacío y por la búsqueda crispada de seguridad: la secularización elimina la base cultural de ideas y costumbres sobre la que el creyente tradicional construía su vida, y este no distingue entre formas que cambian con el tiempo y el fondo permanente de la fe.

¿Qué origina? Un empeño por mantener a ultranza unas formas caducas o fingir una ingenuidad inexistente, negándose a reconocer la nueva problemática moderna. La carga agresiva del fanático hace que este tipo sea socialmente nocivo, pues engendra una espiral de agresividad.

El creyente camuflado. ¿Quién es? Aquel que ha asimilado la mentalidad moderna y, a la vez, vive su fe tradicional como si nada hubiera cambiado. No se pone en relación una cosa con la otra. Son como dos cajones diferentes que hay en el interior del creyente sin mezclarse. Se piensa a la vez, por ejemplo, que Dios ha creado al hombre directamente de barro y que el hombre procede por evolución de animales inferiores.

¿Cómo surge? Como consecuencia de poca exigencia racional, fuerte inercia de la tradición religiosa y, en general, ausencia de una formación sólida de la fe.

¿Qué origina? Aunque esta actitud puede vivirse con sinceridad y sin problema, como en el fondo supone una incoherencia vital (como si en el interior de uno hubiera dos personas), tarde o temprano origina una sensación de malestar, de contradicción interior. Quizá determinadas situaciones de conflicto puedan poner de manifiesto el problema. Puede ser la ocasión para superarlo y entrar por el camino de una fe más compacta y madura, pero también la ocasión de un abandono o una indiferencia religiosa.

Todos estos quieren ver. Incluso creen estar convencidos que han visto, pero es solo un espejismo. Porque los tres grupos tienen una misma carencia fundamental: la ausencia de una auténtica interioridad. Quizá confunden una espiritualidad sincera y evangélica, con la experiencia mística. A este propósito escribe el papa emérito Benedicto XVI: *Los encuentros con el resucitado son también algo muy diferente a las experiencias místicas, en las que el espíritu humano viene por un momento elevado por encima de sí mismo y percibe el mundo de lo divino y lo eterno, para volver después al horizonte normal de su existencia. La experiencia mística es una superación momentánea del ámbito del alma y de sus facultades perceptivas. Pero no es un encuentro con una persona que se acerca a mí desde fuera. Pablo ha distinguido muy claramente sus experiencias místicas —como, por ejemplo, su elevación hasta el tercer cielo, descrita en 2 Corintios 12,1-4—, del encuentro con el Resucitado en el camino de Damasco, que fue un acontecimiento en la historia, un encuentro con una persona viva. (Jesús de Nazaret, Encuentro, 2018, p. 568)*

**“Veréis”** es encontrarse con Jesucristo resucitado. *Él viene ahora a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la esperanza dichosa de su reino* (Misal Romano, Pref. III Adviento)

En este tiempo de Pascua, con la fuerza de la presencia viva de Jesús entre nosotros, Dios nos dice: *Si Cristo ha resucitado, es posible mirar con confianza cada acontecimiento de nuestra existencia, incluso los más difíciles y llenos de angustia e incertidumbre. Este es el mensaje pascual que estamos llamados a proclamar, con palabras y sobre todo con el testimonio de la vida. En nuestros hogares y corazones, esta noticia puede resonar: “¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!”* (Secuencia de Pascua). *Esta certeza fortalece la fe de cada bautizado y alienta sobre todo a aquellos que se enfrentan a mayores sufrimientos y dificultades* (Papa Francisco, Regina Coeli, 13-abril-2020).

La Santísima Virgen María, Estrella radiante de la Pascua, interceda ante su Hijo, Jesucristo resucitado por todos y cada uno y nosotros.

Y recordad: ***Venid a Galilea, allí el Señor aguarda; allí veréis los suyos la gloria de la Pascua.***

**Os deseo feliz Pascua en la Resurrección del Señor.**

**¡Jesucristo ha resucitado!**

Valencia, diecisiete de abril, viernes de la octava de Pascua en la Resurrección del Señor, de dos mil veinte.

Juan Ramón Pinal Moya  
Cura párroco